

hacia el Loire para unirse ya fuese con Eugenio, tras de los Alpes, ya con Suchet y Soult en los Pirineos, con objeto de renovar la campaña; pero vencido por las instancias de los que le rodeaban, y principalmente por el estado especial de su ánimo, firmó, en 6 de Abril, su abdicación pura y simple. «Habiendo declarado las potencias aliadas,—dice,—que el emperador Napoleón es el único obstáculo para el restablecimiento de la paz europea, el emperador Napoleón, fiel á sus juramentos, declara que renuncia para él y sus herederos los tronos de Francia y de Italia, porque no hay ningún sacrificio personal, incluso el de la vida, que no esté dispuesto á hacer en beneficio de Francia.»

No terminó todo, sin embargo, con el Imperio, agitándose todavía por algún tiempo la cuestión de la regencia de María Luisa. Los políticos del Senado y amigos de Talleyrand, que habían sido los que en primer término contribuyeron á preparar la restauración de los Borbones, empezaban á arrepentirse de su obra. Rapetti expone bien claramente los distintos motivos que en estos últimos momentos venían á dar nuevas probabilidades de éxito al proyecto del mantenimiento de Napoleón II.

« Todo contribuyó á que prevaleciese esta idea: el orgullo de los monarcas extranjeros, celosos en su interior de la fama antigua y de la preeminencia moral que conservaba la casa de Borbón; el temor de que los venerables Borbones, primeros representantes de la monarquía europea, no tuviesen bastante fuerza en Francia para dominar la Revolución, y el peligro que había para la conservación del orden en Europa dejando en este país, cuyas conmociones son contagiosas, una causa de incertidumbres, de malestar y de disgusto; el deseo de no violentar las simpatías naturales por una regente y un niño de su propia sangre, la necesidad de no colocarse enfrente de las simpatías de los numerosos partidarios de la dinastía napoleónica; la aspiración de los políticos de contar, para habituar á Francia á la libertad y á su propio gobierno, con el interregno de una regencia; y sobre todo, por la impresión que á todos causó la presencia de los que regresaban de la emigración. Hasta entonces se habían visto sólo realistas conspiradores, ntrigantes, conciliadores, cortados á la moda de la nueva sociedad, aceptándolo y concediéndolo todo, y hasta haciendo caso omiso, á lo menos aparentemente, de todas sus ideas, menos una sola, la de la legitimidad. Pero los realistas evocados repentinamente por el triunfo de los Borbones, los emigrados obstinados, que no habían aprovechado para volver á su patria ninguna de las indulgentes leyes que se habían dado sobre la emigración, los veteranos del ejército de Condé,

sus hijos, hechos hombres en el destierro, todos éstos se presentaban en Francia como los supervivientes de un mundo que hacía ya tiempo se había hundido. Causaban risa sus trajes, pasados de moda, pero se temían sus ideas, más anticuadas todavía, sus altaneras pretensiones, su intratable carácter, su odio.»

Cierto es que los monarcas aliados habían permitido que se publicase, en 31 de Marzo, una declaración en favor de la antigua dinastía; pero también es cierto que no era este hecho el que más les embarazaba: era esto la propia persona de Napoleón, quien, con la regencia de María Luisa, continuaría siendo el verdadero jefe del Estado, rodeado como estaba de funcionarios y de oficiales que le habían servido ciegamente por espacio de catorce años.

Hacia ya algunas semanas que se trataba de alcanzar de cualquier manera la desaparición de Napoleón (1). Habíase tramado, en el mes de Febrero, antes de la batalla de Champaubert, una conspiración militar con este objeto, y por esta misma época Alejandro, que conocía probablemente estas intrigas, decía á un general francés: «En tanto no hago la guerra á Francia, que si *él* muriese haría la paz inmediatamente.» No eran ahora los realistas los que pensaban en el asesinato de Napoleón, vencido ya. En aquellas circunstancias no necesitaban su muerte para hacer valer sus derechos. Viviendo Napoleón, y no habiendo abdicado, impedía que se le opusiese el nombre de Napoleón II. Por el contrario, en el partido que podría llamarse Bonapartista, ó entre aquellos que á lo menos deseaban conservar el gobierno imperial y la dinastía napoleónica, es donde estaban los conspiradores, y en el seno del gobierno provisional se urdían tan tenebrosas maquinaciones. Talleyrand, en una carta fecha 17 de Marzo, decía que, si el Emperador hubiese muerto se arreglaría todo de la manera más sencilla: «Tendríamos el rey de Roma bajo la regencia de su madre.» Después esperó que alguna bala enemiga hiciese inútil el asesinato; pero en los primeros días de Abril se permitió por la policía la apari-

(1) Véanse los textos citados en Rapetti: *Nueva Biografía general*, págs. 412 y siguientes. Véase también, sobre la situación política en esta fecha, la conversación del Czar con M. de Quélen, ayudante de Marmont y hermano del abate del mismo apellido, que más tarde fué arzobispo de París (*Memorias de Lafayette*, tomo V, pág. 304).



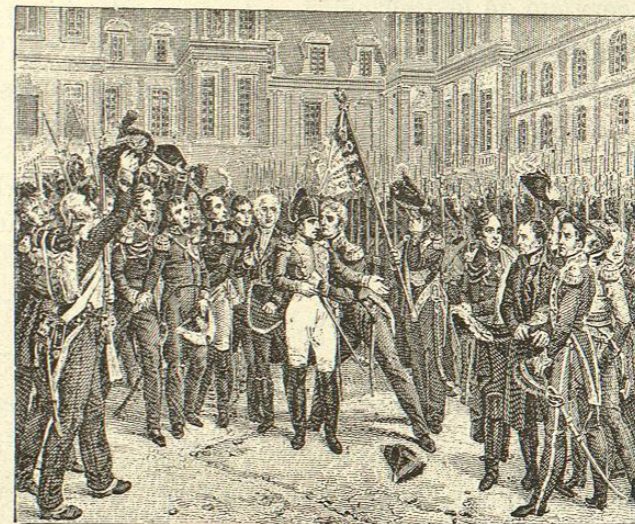
ción de un folleto titulado: *Reflexiones sobre la necesidad de la muerte de Bonaparte*. Debemos consignar, en honor de Francia, que mientras los políticos discutían con la mayor sangre fría sobre el crimen y trataban de provocarle, estas excitaciones no produjeron ni una sola tentativa de asesinato, lo cual extrañaba tanto á un ministro ruso que hubo de decir á Talleyrand: « ¡Qué pueblo! ¡qué nación! ¡cualquier cosa es un obstáculo! ¡No sucedería así entre nosotros, pues todo quedaría terminado en un cuarto de hora! Tanto peor para el monarca que se pone enfrente de la opinión pública. Lo más fácil de encontrar en el mundo es ciertamente un soberano (1).» Aun después de la abdicación tratóse de evitar á toda costa el regreso del gran Emperador, y ya que no se presentó un asesino voluntario, hubo quien se encargó de buscar uno. Cierta aventurero que se había hecho notar mucho al frente de los realistas por sus extravagantes manifestaciones de odio contra el régimen caído, llamado Maubreuil, fué llamado (en 2 de Abril) á casa de Roux-Laborie, secretario del gobierno provisional, para concertar el crimen; pero ya sea que le faltase valor, ya que únicamente se propusiese al aceptar este encargo engañar al gobierno, se limitó, con la partida que había levantado, á saquear el equipaje de la reina de Westfalia, que encontró por pura casualidad (2). En Blois, y entre las personas que rodeaban á María Luisa, contaba con partidarios y cómplices esta horrible trama. Rapetti refiere, tomándolo de Rovigo, que cierto día, al llegar de Fontainebleau á Blois un oficial portador de un mensaje á una dama de honor, que había pasado toda la noche vestida, como esperando un acontecimiento previsto, se acercó á él, completamente sobresaltada y dijo: «¿Qué hay, se terminó?... ¿Ha muerto?...»

La coalición, por la convención del día 11 de Abril, fijó la suerte de Napoleón y de su familia, determinándose que Napoleón poseería

(1) Rovigo dice en sus *Memorias* (tomó VII, pág. 120) que estas palabras las pronunció el ministro Nesselrode; así se lo manifestó Roux-Laborie, secretario de Talleyrand.

(2) Sobre la cuestión Maubreuil, véase Vitrolles: *Memorias*, tomo II, pág. 69-96; H. Houssaye: *1815*, y la relación de este proceso por M. G. Lebre, en la *Revista de procesos célebres contemporáneos*, tomo I. A dar crédito á los fragmentos de las *Memorias* de M. de Sémallé, un oficial de mamelucos le prometió llevarle la cabeza de Napoleón metida en un saco, «á usanza oriental con los que Alah abandona;» pero Sémallé, aunque realista, rechazó la oferta de aquel ignorante en política y lo despreció con horror.

en plena soberanía la isla de Elba, con una lista civil de dos millones, pagada por el Tesoro francés. Podría conservar á su lado novecientos hombres escogidos de la guardia imperial, confirmándosele el título de Emperador. María Luisa debía recibir los ducados de Parma y de Plasencia, revertibles á la corona de Austria. Los miembros de la familia Bonaparte debían obtener pensiones del Tesoro, y Eugenio de Beauharnais una posición elevada fuera de Francia.



11 9 8 7 4 3 1 2 12 5 6 13 10 14 15

Napoleón I, en el patio del palacio de Fontainebleau, despidiendo de los soldados de la guardia y abraza la bandera  
(Copia del cuadro de Horacio Vernet, dibujo y grabado de Couche hijo)

1. El Emperador. — 2. El general barón Petit. — 3. El duque de Bassano. — 4. El barón Fain. — 5. El general Bertrand. — 6. El general Dronot. — 7. El general Corbineau. — 8. El general Belliard. — 9. El general Ornano. — 10. El coronel Gourgaud. — 11. El comandante Athalin. — 12. El teniente Forti. — 13. El general Keller, comisario austriaco. — 14. El coronel Campbell, comisario inglés. — 15. El general Schouvalof, comisario ruso.

Napoleón, una vez hubo asegurado el porvenir de su familia, se entregó á su dolor. Vió á muchos de sus oficiales, que creía los más adictos, ser los primeros en abandonarle públicamente, y á muchos otros que ocultaban mal su prisa para hacer lo mismo, ingratitud de la que Napoleón se resintió vivamente, á pesar de lo cual hablaba de ellos sin rencor á Caulaincourt, en 14 de Abril, condoliéndose únicamente de su falta de franqueza y fijando sobre todo su pensamiento en los que le habían permanecido fieles. «Es muy natural,—decía,— que los antiguos militares, cubiertos de heridas, traten de conservar con el nuevo gobierno el premio de los servicios que han prestado á



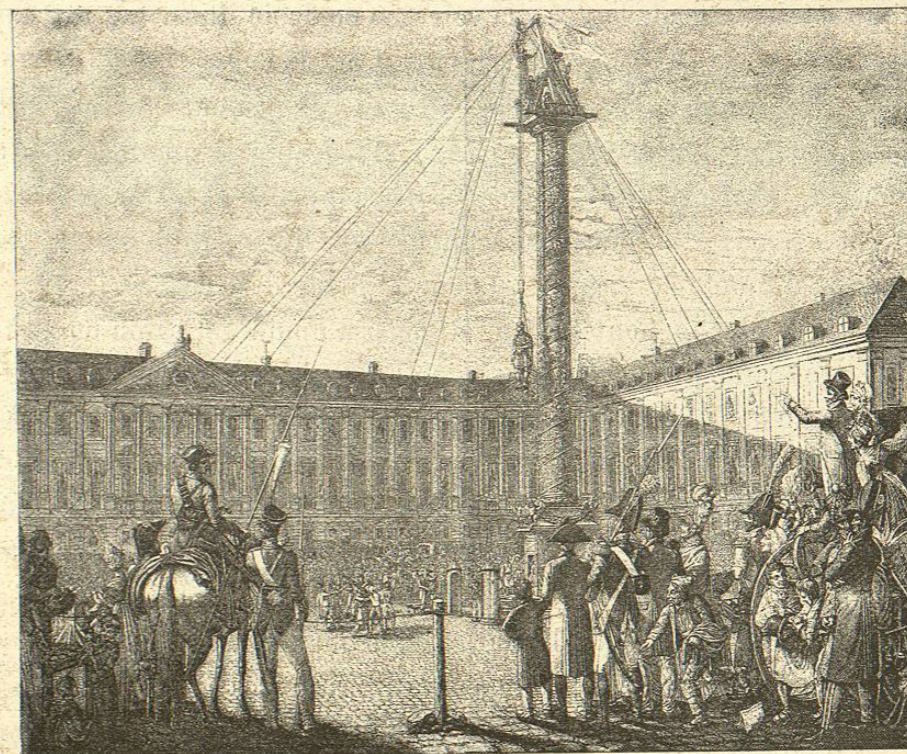
la Francia. ¿Por qué, pues, han de ocultarse? Pero los hombres no tienen nunca conciencia clara de sus deberes y de sus derechos para obrar y hablar en su consecuencia (1). ¡Cuán distinto es mi valiente Drouot! No está contento, me consta perfectamente, no por mi causa, sino por nuestra pobre Francia. No aprueba mi conducta, pero, sin embargo, permanecerá á mi lado, más que por cariño hacia mí, por respeto á su propia dignidad. Pero Drouot... Drouot... es la dignidad personificada.» Napoleón en persona aconsejaba á sus oficiales que entrasen al servicio de los Borbones.

«Servid á los Borbones,—les decía en resumen,—y servidles con lealtad. No os queda otro camino. Si gobiernan bien, puede Francia, bajo su mando, ser dichosa y respetada. Yo me he resistido enérgicamente á las vivas instancias de Caulaincourt para que aceptase la paz de Chatillón, y con razón, ya que para mí sus condiciones eran humillantes, mientras que no lo son para los Borbones, que encuentran Francia tal como la habían dejado y pueden aceptarla dignamente. Tal cual es, Francia sería aún poderosa, y aunque geográficamente sea más pequeña, continuará moralmente siendo tan grande por su valor, su talento, sus artes y la influencia de su genio sobre el mundo. Puede haberse empequeñecido su territorio, pero no su gloria. El recuerdo de nuestras victorias le quedará como una grandeza imperecedera y que pesará siempre mucho en el porvenir de Europa. Servidla, pues, bajo los príncipes que en este momento le ha traído la variable suerte de las revoluciones, y servidla con ellos tal como lo habéis hecho conmigo. No les dificultéis más su tarea, sumamente difícil en sí, y dejadme, guardando solamente mi recuerdo.»

Lo que le producía una verdadera desesperación era dejar Francia tan reducida en límites después de haberla recibido tan extensa, y terminar su carrera con un tratado en el que no había podido estipular la conservación de ninguno de los intereses creados, ni aun la Legión de Honor y la bandera tricolor. «Este dolor,—añadía,—sobrepaja á los demás.» Y, sin embargo, pensaba aún en otras humillaciones que le esperaban; conocía perfectamente el odio de que estaban

(1) Aludía principalmente á Berthier, el compañero de sus primeras campañas, que se negó á seguirle á la isla de Elba.

animados algunos departamentos del Mediodía contra él, y más que la muerte, temía los ultrajes que podían acompañarla (1). No pudiendo soportar la idea de tener que sufrir algún suplicio infamante, se tomó una fuerte dosis de veneno que se había hecho preparar por su médico Iván durante la campaña de Rusia, y que llevaba siempre



Descensión de la estatua de Napoleón de la columna triunfal de la plaza de Vendôme. (Copia de un dibujo de G. Opiz)

consigo en una bolsa, cuando pudo temer el peligro de caer en manos de los cosacos. Pero el veneno, que hacía ya mucho tiempo estaba preparado, había perdido casi toda su eficacia, y, por otra parte, el estómago sumamente delicado de Napoleón no pudo soportarlo, sobre-

(1) Nada de exagerado tenían tan tristes previsiones. En 1815, Blucher prometió á sus soldados ahorcar á Napoleón ante sus filas, y nosotros hemos visto una hoja impresa en Inglaterra, destinada á la venta pública por las calles, en la que se lee: *The last dying speech, confession and general character of Napoleon Bonaparte, who was executed on the new high street Birmingham. — Monday 11 april 1814. Wadsworth, printer; Birmingham.* Encima hay un grabado grosero representando una ejecución en horca. Véase también el capítulo siguiente.